



Gabriela Flores (Gianetta), Alberto Albarrán (Belcore), Patricia Santos (Adina) y Víctor Hernández (Nemorino) en *Bellas Artes*

Fotos: Ana Lourdes Herrera



Noé Colín como Dulcamara

# *L'elisir d'amore* en Bellas Artes

por José Noé Mercado

La del 17 de febrero, no fue una función de ópera afortunada en el Teatro del Palacio de Bellas Artes. Se trató de *L'elisir d'amore* de Gaetano Donizetti, producción recurrente con puesta de **César Piña** estrenada en 2004, que también se presentó los días 15, 19 y 22 del mismo mes.

El poco entusiasmo del público, la frialdad de su flamígero dedo, podría entenderse no sólo a partir del primer aplauso de la noche llegado hasta cantada la primera intervención del Dulcamara (bajo **Noé Colín**), que logró brindar algo de atractivo a una escena sin química protagónica de Adina (soprano **Patricia Santos**), Nemorino (tenor **Víctor Hernández**) y Belcore (barítono **Alberto Albarrán**), quienes pasaron poco más de la primera media hora de la obra sin inmutar a nadie.

Detenerse para examinar el timbre simpático de la voz de Santos que, sin embargo, tiende a fatigarse cuando debe cantar pasajes muy seguidos; la emisión de lírico-ligero de Hernández, correcta en peso, volumen e intención escénica, pero con mucha nasalidad; en el canto desigual de Albarrán; en la inexperiencia vocal de **Gabriela Flores** (Gianetta) o en la gran solvencia de Colín en su intento experimentado para crear esas condiciones de calidez y camaradería entre los participantes que podrían haber apuntalado la interpretación, sería demasiado quisquilloso, porque en cualquier caso la función de forma general no pudo quitarse una etiqueta con la cual se complacieron en promocionarla: la del Estudio de la Ópera de Bellas Artes.

Puesto que aun cuando ni Colín ni Hernández fueron participantes del EOBA, el énfasis en la integración del elenco con jóvenes que continúan su formación resultó bastante contraproducente. La interpretación de varios pasajes de la ópera, y la actitud misma de parte del talento EOBA, se cobijó, se escudó, en esa imagen de quien se sabe parte aún de una escuela.

Ello sin reparar o asumir del todo que estaban en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, en una función de la apertura de la Temporada 2015 de la Ópera de Bellas Artes, en un escenario profesional en donde poco importa si alguien es estudiante o ya no lo es, porque en él se proyectan los artistas o se exhiben quienes no terminan de serlo.

En otras palabras, más allá de apuntar detalles o de recordar elencos más felices en esta misma producción en el pasado, lo que fue un hecho es que se perdió una oportunidad de asumirse, de encarrerarse, mucho más allá de un evento celebratorio de graduación.

La puesta en escena de Piña, que con sus telones coloridos apela a un teatro clásico y a la imaginación cachirulesca que puede alcanzar la mayor de las fantasías, o no, respecto de sus anteriores reposiciones, depuró varios aspectos de su trazo, como el quitarle chistosas fáciles a los personajes, aunque todavía dejó algunas quizás como la imposibilidad de confiar del todo en que el argumento y la trama, la música y el libreto, tienen su gracia intrínseca. También utilizó con mayor discreción las viejas escaleras que suben a ningún lado y que caracterizaron otrora esta producción, lo cual le dio mayor coherencia a las acciones de esta historia ingenua, campesina pero deliciosa en su factura y acabado.

Al frente del Coro (preparado por **John Daly Goodwin**) y la Orquesta de Bellas Artes, se contó con la dirección concertadora de **Juan Carlos Lomónaco**, y todos en conjunto realizaron un trabajo adecuado, sin mayores problemas en estilo y dinámicas, aunque ese lucimiento, ese atraer los reflectores, también partió de lo que algunos otros dejaron de hacer, por lo cual podría concluirse que esta función, como diría el charlatán Dulcamara: fue *bordeaux*, no elixir. ●